

Discurso leído en ocasión del Reconocimiento de la UBA al EEAF

Vivian Scheinsohn

En el final de la película Blade Runner, el replicante Roy Batty, poco antes de morir le dice a su perseguidor: “ He visto cosas que ustedes no podrían creer. El ataque a naves en llamas más allá del hombro de Orión. Rayos C brillando en la oscuridad cerca de la puerta de Tannhauser. Todos esos momentos se perderán en el tiempo, como lagrimas en la lluvia”.

Cuando se ha sido testigo de cosas extraordinarias, se puede entender claramente lo que quería decir Roy Batty. En general, toda vida depara el presenciar cosas extraordinarias. Y seguramente muchos de nosotros no coincidiríamos en lo que llamamos extraordinario. Para algunos, serán campeonatos de fútbol. Para otros, guerras o cohetes a la luna. Para mi, y para muchos de los que están acá, presenciar la conformación del EEAF fue un hecho extraordinario.

Nos conocimos con Pato, Luis y Mimi cursando la carrera de Ciencias Antropológicas en la Facultad de Filosofía y Letras durante la dictadura. Para quienes no lo saben, la carrera de antropología de la UBA tiene varias orientaciones. En aquella época eran Etnología (hoy subsumida en la orientación de Antropología Social), Prehistoria (hoy la orientación Arqueología y Prehistoria) y Folklore. Somos parte de la generación que se inició en la vida adulta bajo esa atmósfera. Atravesamos lo peor de esa época en la sede de Marcelo T. de Alvear, compartiendo los apuntes, el miedo, la resistencia. Porque al formarnos como antropólogos, en ese entorno, lo que hacíamos era resistir. Además de exilios y desapariciones, uno de los efectos de la dictadura en la carrera fue que mucha gente la abandonó. No soportó ni la antropología de Bórmida ni la arqueología del 80% de raederas y 20% de raspadores. Quienes estábamos decididos a seguir, compartimos

esa resistencia que consistía en encontrar por otro lado lo que no conseguíamos en la Facultad. Como no nos hablaban de Levi Strauss, íbamos a los cursos clandestinos de Blas Alberti, como no se hablaba de política, nos juntábamos en la “Casa del Boxeador” para conformar un centro de estudiantes en la clandestinidad; pedíamos y rastreábamos los trabajos que nos recomendaban los pocos profesores que planteaban cosas nuevas, hasta que, finalmente, un grupo de estudiantes conformamos una biblioteca, poniendo una cuota mensual para comprar y leer esos libros y compartir los que habían sobrevivido los tiempos oscuros; En eso estábamos todos, futuros arqueólogos y antropólogos sociales.

Pero además de esta práctica en la autonomía, Pato, Luis y Mimi hicieron algo que los demás no hicimos. Y ese algo, el EAAF, tuvo que ver, con algunas de esas estructuras existentes pero también con una serie de contingencias.

A este estructural entrenamiento en la resistencia, se le agregó una primera contingencia: la presencia de un personaje como el de Clyde Snow. Snow vino con la primera misión de la AAAS. Su tarea consistía en establecer una metodología científica que permitiera recuperar los cuerpos enterrados como NN, que en ese momento comenzaban a ser exhumados sin ton ni son, e intentar analizarlos para su identificación y determinación de causa de muerte. Mientras estuvo en Buenos Aires, Snow solicitó ayuda al Colegio de Graduados de Antropología para realizar una primera exhumación en un cementerio de la Provincia de Buenos Aires. Sin embargo, ante la reticencia de sus miembros, Snow decidió apelar a estudiantes. El estudiante de Medicina de la Universidad de La Plata, Morris Tidball Binz, hizo de traductor durante una de las conferencias que Snow brindó en la Facultad de Medicina de esa universidad. Como era el único estudiante que conocía, y con el cual podía hablar dado que Morris hablaba inglés, le preguntó si conocía estudiantes de antropología. Entonces, sucedió otro hecho

azaroso. Siendo estudiante de La Plata, la lógica indicaba que Morris debía conocer estudiantes de antropología de la Universidad local. Pero no. El único estudiante de antropología que Morris conocía era Douglas Cairns, de la UBA, que había sido su compañero de secundario. Era compañero nuestro, de la orientación social y fue el que empezó a correr la voz: “hay un gringo que necesita estudiantes de antropo”.

Y aquí enlazamos con otra estructura necesaria: la de la ciencia en argentina y su tradición de arreglárselas sola. Algunos de los estudiantes que contactó Dagui, entre los que estaban Luis y Pato, eran integrantes de la Asociación de Investigaciones Antropológicas (AIA), una sociedad dedicada a la investigación arqueológica, dirigida por Luis Orquera y Ernesto Piana, quienes habían sido expulsados del ámbito académico en los años setenta. Siguiendo la tradición inaugurada por Ameghino, ante la falta de apoyo institucional, se las habían arreglado solos. La AIA les había servido para dar curso a sus investigaciones arqueológicas en Tierra del Fuego. Al mismo tiempo, era el lugar donde se formaron en la práctica docenas de alumnos de las carreras de antropología de la Universidad de Buenos Aires (UBA) y La Plata (UNLP) que buscaban en la AIA una alternativa a lo que ofrecían las universidades de la dictadura.

La formación que daban era más bien de índole práctica: se trabajaba con los materiales que se habían recuperado en excavaciones e incluso ofrecían a los estudiantes la oportunidad de participar de esos trabajos de campo con todos los gastos pagados, algo inusual en esa época. Aprendiendo de esa autonomía el grupo “senior” de los estudiantes de la AIA habían comenzado a llevar adelante un proyecto propio El Proyecto Capelo en tierra del Fuego, dirigidos por Hernán Vidal. Vidal acababa de recibirse, solo adeudaba la tesis de licenciatura. En el marco del Proyecto Capelo, financiado por el Museo Territorial, estos estudiantes adquirieron experiencia en esto de investigar por fuera de las instituciones del estado.

Y acá entró a jugar otro hecho contingente. En los días en que Snow intentaba concretar una primera exhumación, Vidal estaba preparando su partida a Tierra del Fuego, donde se iba a instalar como empleado del museo territorial. Pero Snow necesitaba de un profesional argentino que firmara los papeles. No había ningún licenciado a mano que quisiera hacerlo. Finalmente convencieron a Vidal de que lo hiciera. Fue a la mañana al cementerio de Boulogne y consiguió que desde allí, por la tarde, lo llevaran directamente al aeropuerto, para irse a vivir a Tierra del Fuego.

¿Qué hubiera pasado si las fechas no hubieran encajado de esa forma? ¿Si Vidal no hubiera podido participar de esa primera exhumación? ¿Si ningún profesional argentino hubiera firmado ese informe? No lo sabemos. Pero así, en junio de 1984, sin la participación de la academia profesional, sin participación oficial de los departamentos de Antropología de las universidades y sin que el trabajo despertara el interés del sistema forense, la Antropología Forense hizo pie en la Argentina.

El contacto de los miembros del EAAF con la Academia en general y con la Universidad en particular fue, desde entonces, esporádico y asistemático. Entiendo que muchos miembros del EAAF no dejan de percibir una cierta indiferencia por parte de la Academia. Este doctorado honoris causa otorgado a los fundadores del EAAF egresados de la UBA y el reconocimiento al total del equipo viene a tender un puente cuyo uso esperamos sea frecuente y sistemático.

La idea de solicitarlo, surgió hace un año, con el objeto de homenajear al equipo que acaba de cumplir 30 años. Se originó en la cátedra de arqueología argentina de FFYL cátedra que integro y que precisamente por dedicarse a la arqueología argentina, se ocupa y preocupa por la historia de nuestra disciplina. Debo agradecer entonces a los distintos cómplices en esta confabulación: La Dra. Verónica Williams profesora de la misma cátedra, el Dr. Raul Carnese profesor de la cátedra de Antropología biológica y

paleoantropología, quien tiene una prolongada relación con el EAAF, y la profesora y consejera directiva de FFyL Leonor Acuña. A lo largo del camino que siguió el expediente, debo decir que solo encontré apoyos: tanto de los colegas docentes que firmaron la petición, como en el consejo directivo de la Facultad de Filosofía y Letras, su decana, en el Consejo Superior de la UBA y en su rector.

Hace 30 años el EAAF empezó esta aventura riesgosa, que solo perduró porque, además de los factores estructurales y las contingencias que mencioné, del azar y la necesidad, tuvo entre sus fundadores a gente valiente y comprometida con una idea: la de la justicia. Los obstáculos fueron muchos: desde el más crudo miedo, que en 1984 era más que palpable, hasta la actitud fundamentalista de ciertos organismos de derechos humanos. Si cualquiera de estos factores hubiera prevalecido, hoy no estaríamos aquí, en esta ceremonia. Que el EAAF se haya fundado, que haya permanecido es un hecho extraordinario que indudablemente debemos reconocer. En tiempos en que cierto conductor de TV es nombrado personalidad de la cultura, este doctorado honoris causa de la UBA otorgado a Patricia Bernardi, Mercedes Doretti y Luis Fondebrider y el reconocimiento de la UBA al EAAF es una forma de poner las cosas en su lugar y dar testimonio para que esos momentos extraordinarios no se pierdan en el tiempo.